M

E

N

*Junto al altar de la epopeya vengo
como canción de mi provincia lueña,
grávida de leyenda y abolengo;*

*próvida cuando vibre y cuando sueñe,
arrolladora como los aludes
nadie sus nobles ímpetus domeñe.*

*Quiero ser portavoz de juventudes,
al estímulo pronto y alabanza,
pero vivir también sus inquietudes.*

*Que a torcer el destino nunca alcanza
quien cierra el corazón y el pensamiento
al amor, al dolor y a la esperanza.*

*Para sentir el pulso del momento
busco formas clarísimas en donde
toda magia del Arte tuvo asiento,*

*y así a la audacia que su ritmo esconde
desde la integridad de lo pasado
un eco de los Clásicos responde.*

*Vengo a cantar al fuerte por osado
y enaltecer lo débil por sencillo:
al par prócer esfuerzo que ignorado*

*sacrificio, pues cobran igual brillo
el tosco jarro de Guadalupe
y el sarape vistoso del Saltillo.*

*Mas no como regato cuya clara
linfa tenues imágenes dibuja,
sino bronco raudal que despeñara*

*en una imprecación cada burbuja,
y al horadar su cauce entre los montes
ensaya rumbos prístinos, y empuja
la perspectiva de los horizontes.*

* * *

*¡Salve, Patria, botín de aventureros!
Tú fuiste en las estrofas de Velarde
nostalgia de alcanfor entre aguaceros;*

*remanso de provincia, mientras arde
la custodia de amor en la penumbra
que idealiza el lucero de la tarde.*

*En tu bazar del Volador deslumbra
la chispa de la hoz y del martillo,
y el metal de los cálices se herrumbra;*

*pero bailas al son de tu organillo,
endulzas con cajeta de Celaya
y aromas como pulpa de membrillo.*

*No profieren tus labios un malhaya:
apenas ironizan un malora
que pone colorines en tu saya;*

*y todavía al despuntar la aurora,
en un repiqueteo de alborozo,
a la misa te vas madrugadora*

*con las crenchas salidas del embozo,
y como tentación en la cintura
cruzadas las dos puntas del rebozo.*

*Patria nuestra, supiste la amargura
de lágrimas y sangre en los combates
y tu aborigen padecer perdura.*

*Mas ¡qué tanto! si el ansia con que lates
se confunde en la feria que pregona
ruido de cañas y de cacahuates;*

*y tu marimba callejera entona
aquella lancinante melodía
cuando en la desnudez de la casona
te trajeron al hijo en agonía.*

C

A

R

L

O

S

S A J E

* * *

*¡Salve, Patria! Tus tierras están mustias
porque fueron solar de encomenderos;
présagas de pesares y de angustias*

*no llenarán, fecundas, tus graneros
en tanto al horizonte del camino
permanezcan los lindes agoreros*

*que señalan idéntico destino
para la mano que trilló en la era
sin disfrutar la harina del molino;*

*para el labriego que la sementera
cruzó todos los días de sus años
sin ilusión, pues cada primavera*

*florece tan sólo desengaños;
para el pastor que padeció hambres largas,
¡y con él engordaban los rebaños!*

*para el gañán que soportó las cargas
de piloncillo, mientras escondía
los impulsos de cóleras amargas.*

*Para aquellos que aguardan todavía
el instante de las resurrecciones,
calcínados al sol del mediodía,*

*transidos por ventiscas y turbiones,
envueltos en las sombras del olvido
y con las sombras en sus corazones.*

*Madre nuestra, con ellos no lo has sido:
ignoran de la curva de tu brazo
como solemne vastedad de nido.*

*A cada botín nuevo, nuevo plazo;
y así nunca tuvieron cosa suya,
¡ni siquiera el terrón de tu regazo
cuando su estéril batallar concluya!*

*¡Salve, Patria! Las altas chimeneas
de tus fábricas siguen esparciendo
convertidas en humo las ideas.*

*El culto de la fuerza y el estruendo
substituye al abúlico que antes
lentamente nos iba consumiendo.*

*El dulce discurrir de los instantes
reviste proporción de plus valía
en lonjas de logreros judaizantes.*

*A la hora de la periferia
se ahorca en los alambres de su antena
el bardo azul de la melancolía;*

*y el canto que entonaba la sirena
tras las naves homéridas, ahora
en una esquina de arrabal resuena.*

*Patria, la tempestad devastadora
al llegar hasta el nimbo de tu frente
el oro de los lauros descolora;*

*pero no has de morir, hacia el naciente
un galope de nubes precipita
el temblor matinal que se presiente.*

*¡Qué mucho si la vega está marchita,
esquilmadas las trojes y desiertos
los solares! Nos queda la infinita*

*serenidad de tantos ojos muertos—
dormidos al rencor y a la venganza,
a los signos fatídicos despiertos:*

*clavados en la frágil lontananza
del Ideal, abiertos—¡siempre abiertos
al Amor, al Dolor y a la Esperanza!*

m a y o
1 9 3 5